

EL CARDENAL DESPUIG Y LA SANTA SEDE

Las relaciones del Exmo. Sr. Despuig con Pío VI, ignoradas por los mejores historiadores, constituyen una página gloriosa en la vida del ilustre mallorquín. Pero sube de punto su amor y desinterés por el Vicario de Cristo en la laboriosa elección y azaroso reinado de Pío VII.

El programa, que se propuso y llevó fielmente a la práctica en esta última época de su vida, viene expresado en un documento, que elevó a S. M. C.¹:

No entraré, Señor, en la privación del dominio temporal, que el pueblo de Roma ha hecho al Sumo Pontífice, no en las circunstancias, ni en el modo de proceder de aquel pueblo, ni en el pasado gobierno de Roma.

Yo me separo de todo lo que es político y económico, temporal, pero no puedo ver sin lágrimas el Vicario de Jesucristo, la cabeza de nuestra religión en la aflicción, que le circunda... ¿En los últimos días de su vida le puede faltar la asistencia de sus hijos, y de sus hijos más amados..?

Estas reflexiones me ponen a los pies de V. M. suplicándole se digne concederme la gracia de sacrificar mi libertad, vida y rentas, para asistir a la persona del Padre común de nuestra Religión...

La actividad del arzobispo Despuig a favor de la Santa Sede, desde el año 1799 puede resumirse en tres puntos, elección de Pío VII, elevación de Despuig a la púrpura cardenalicia y destierro de Su Santidad.

Para ilustrar estos momentos de nuestro biografiado nos serviremos de su diario de viajes y de otros documentos, que hemos conseguido reunir del disperso archivo de la familia Despuig.

CÓNCLAVE DE Pío VII.

El panorama, que ofrecía la Iglesia católica en el verano de 1798 era sobremanera angustioso para todos sus fieles hijos.

¹ El estilo algo desaliñado del Sr. Despuig y ser sus borradores frecuentemente los originales de nuestra transcripción, nos dan la razón de la forma, a veces poco correcta, de los documentos.

El Directorio francés, que en su plan revolucionario se proponía sacar a Europa del yugo de la supremacía papal, impiendo la elección del sucesor de Pío VI, extendía rápidamente sus tentáculos por todas las naciones católicas, en particular por todo el continente italiano, estableciendo las repúblicas, báltava, helvética, cisalpina (Lombardía), liguriana (Liguria), romana (Roma), a las que siguió algunos meses más tarde la parthenopea (Nápoles); siendo cada uno de estos estados foco de ideas sediciosas y ateas.

El Vicario de Cristo, Pío VI, violentamente sacado de Roma, se encontraba recluso en la cartuja vecina a Florencia, abandonado de todos menos de la católica España, y rechazado de los soberanos, como un personaje que podía fomentar turbulencias.

Las profundas y crecidas angustias, que torturaban el corazón del octogenario Pontífice, originadas por sus achaques y enfermedades, por las privaciones de todo género, por el aislamiento de cardenales y amigos, y por las violentas persecuciones de que era objeto la Iglesia de Cristo, amenazaban de un momento a otro poner fin a la penosa vida del Padre Santo.

Además, la elección del sucesor de San Pedro se ofrecía como un negocio espinoso y complicado, pues sería árduo el trabajo de reunir los cardenales, ya por la oposición de los gobernantes, que dependían de Francia o temían los zarpazos de la fiera revolucionaria, ya por lo peligroso de los caminos y falta de medios económicos, de que les había privado la guerra.

Una vez reunidos varios grupos en número considerable, sería difícil tarea decidir cuál de ellos era el legítimo, unir voluntades en la determinación del sujeto providencial, adornado de tantas cualidades, que dirigiera con acierto el timón de la nave de la Iglesia en la desecha tempestad, que de todas partes la azotaba.

El cisma se presentaba como un mal inminente.

Era pues grave preocupación de todos los católicos el escabroso problema de rechazar los ataques violentísimos contra la sede primada.

En particular tomaron a pecho este asunto los que dirigían la suerte de España, movidos ya por su amor a la religión católica, de la que se consideraban decididos protectores, ya por la reper-

cusión, que tendría un cisma en el orden público de la patria, la cual como escribió nuestro Despuig: «Es fácil de inflamar y difícil de que los clérigos y frayles, que en ella tienen mucho partido no lo tomen por alguna parte, el que sea, lo cual sería violento y podría causar nuestro estrago en España».

El Exmo. Dr. Despuig, llevado de su ardiente amor a la Iglesia y a la patria, consagró a la solución de este peliagudo asunto su hábil ingenio, larga experiencia y numerosas amistades con personajes distinguidos por sus méritos y dignidad.

Cumpliendo órdenes superiores emprendió el viaje de regreso a España, pasando con la licencia obtenida una larga temporada en Italia, para restablecer su quebrantada salud.

Salió de Roma el 30 de Diciembre de 1797 y antes fué al Vaticano: «dicendo al Papa ed al suo secretario di Stato quanto doveva advenire» (20 diciembre).

Luego hasta fines de septiembre del año 1798 estableció su residencia en Pisa, para poder tomar los baños, que tanto bien hacían a su salud y consolar al Papa, cuya cárcel ya de Siena, y después de la cartuja de Florencia, no distaba mucho.

Despuig como dice en carta al ministro Urquijo: «en medio de estos montes, donde estoy mejor de mis males y donde la frescura del clima hace pensar sin el calor de la corte, estudio el gran libro del mundo y veo el mal, que nos amenaza, si no se ponen algunos remedios».

Efectivamente encontrándose, como se refleja en su diario, en el centro de la Italia, que era un volcán efervescente de revolución, y en contacto con la reducida corte romana, compuesta del Papa y no pocos cardenales, estudió detenidamente la situación de la Sede Apostólica, y elaboró luego un magnífico proyecto para atajar el cisma, que amenazaba la Iglesia de Cristo, enviándolo luego al ministro de Estado de España.

En este memorial después de breve introducción expone la situación religiosa de la Iglesia, y la causa del mal que amenaza, con estas palabras:

Uno de los más desgraciados accidentes, que puede ocurrir en nuestros días y turbar la paz íntima de nuestro reino sería un cisma en la Iglesia. Este no está muy lejos. El Papa después, de una serie de desgracias, puede abrir de un día a otro la puerta a esta, que sería la mayor.

Su destierro, su encierro, su miseria, su edad y sus achaques acabarán con su persona a menos pensar y yo debo decir como buen vasallo a vuestra Excelencia, que hasta ahora no se han pensado sino medios insubsistentes e imposibles, para evitar aquella desgracia.

Luego pasa a detallar cuatro modos, que se han propuesto, para la elección del papa, haciendo resaltar después los inconvenientes, que tienen, siendo el principal, que rematan siempre en un cisma o algo peor.

Confiar primeramente la elección, como en la primitiva Iglesia, al clero y pueblo romano, interviniendo electores de las principales naciones católicas.

O intentar reunir el número más crecido posible de cardenales en algún punto, para cumplir su deber de elegir al sucesor de San Pedro.

En su defecto, congregar un concilio universal, en el que sus miembros darían sus votos, para designar el Papa.

Por fin otros indican que por ahora es mejor precindir de la cabeza suprema de la Iglesia, gobernando cada obispo su diócesis como pastores natos y con amplios poderes.

Siendo imposibles o de ningún valor tres de las hipótesis indicadas, aboga para que la elección sea hecha por el sacro Colegio de cardenales en un país católico y libre.

Antes de exponer el modo de conseguirlo, por el excogitado advierte que:

Jamás ha estado el sacro Colegio tan unido como ahora, ni jamás ha deseado la Iglesia católica una elección pacífica como en nuestros días, y que la mayor parte de electores no desean otra cosa que hacer lo que el rey de España quiera por más que se haya hecho creer lo contrario:

Que a nuestro Rey importa mucho que se haga un papa, sin que sea éste o el otro, para después de hecho hacer un arreglo en España de todas las cosas eclesiásticas, tocante a disciplina gubernativa; que a las demás potencias nada les importa; que todo el mundo piensa que al rey de España no tomaba partido.

Después «con el mayor secreto» propone a S. M. el plan con el cual se daría solución al conflicto religioso. Lo transcribimos a continuación entre otras razones por haber sido la norma, que substancialmente siguió España en el cónclave de Pío VII.

Supongamos una persona que tenga un perfecto conocimiento de todos los individuos (cardenales dispersos), que esté en Italia sin dar sombra a

nadie por motivo de salud, que tenga bienes propios en Nápoles y que por su curación pasaría a tomar los baños de Padua cerca del Veneciano, donde tiene infinidad de conocimientos y una libertad suma, para tratar con todas las personas, que convenga, que pasando de estos países a Padua pasaría por Parma, para hacer un obsequio a aquel soberano.

Que éste, al despedirse en Florencia, pueda hablar seguramente, sin ser notado, e instruir a cuantos sea necesario, que pueda decir como cosa propia, sin comprometer a nadie y sólo decir que estas diligencias las hace con aprobación de quien corresponde, sin jamás manifestar la orden, que tenía.

Este sujeto debería ir privadísimo y como que sólo el motivo de salud e intereses le conduce a este viaje, debía secretamente estar autorizado de su soberano por su resguardo, pero no debería jamás hacer uso de sus credenciales. Debía darse una orden a los embajadores y ministros de Su Majestad en Italia y Alemania, para que le auxiliasen en cuanto conviene. Podría dársele un sobreescrito de... Protector de las Bellas artes de España, con cuyo título podría con más facilidad cubrir sus viajes, para ejecutar el plan siguiente.

Su primer cuidado sería despedirse de Su Santidad, hablarle en el seguro de que sería atendido todo lo que le propusiesen. Esto haría; que al ver después cada individuo de por sí le pudiese asegurar que el Papa está en esta inteligencia.

Debería disponer en Florencia, y en la misma habitación de S.S., las cosas, que en el momento que sucediese la muerte, ya antes que en aquella misma capital se supiese por avisos bien seguros y dispuestos de antemano, pudiese llegar la noticia donde convenga.

Debería hablar con los cardenales residentes en Florencia, a fin de que la localidad de la muerte del Papa no les moviese a una elección, que siendo en cortísimo número no convendría.

Debería pasar a Nápoles a hablar a todos los individuos que están en aquella capital, para que no siendo el mayor número de individuos juntos no pasasen a elegir, sino que esperasen la noticia de la elección hecha por una mayor parte, que la confirmasen.

Caminando por Parma a Padua vería todos los objetos, que están dispersos en Bolonia, Módena, Parma, Plasencia, Génova, Milán y Turín y les instruiría de los avisos, que debían atender, para conocer que había venido el caso de la muerte del Papa, y ver si era dable unirse con la mayor parte, que ya está en el Veneciano, hoy dominios del Emperador, y si no esperar que éstos hagan su elección, para aprobarla.

Debería pasar, como que viaja en el Veneciano, y hablar con todos los que están dispersos en aquel estado, que son la mayor parte, prepararles, prevenirles y unirles, para hacer un Papa a gusto de nuestra Corte y, cuando suceda, hacerles venir una fe la más auténtica de la muerte del Papa, dada por el Nuncio y siete escribanos, haciendo que el más antiguo convocara, si no estuviese quien por práctica debe convocar.

Esta elección, que en virtud de la Bula expedida de el Papa³ y firmada de muchos cardenales no necesitaba más formalidades, podría salir en cortísimo tiempo, sería luego aprobada de todos los demás cardenales, dispersos en la Europa, y sin duda del Emperador, España, Nápoles, Portugal, Turín; lo que haría que la Iglesia católica reconociese como sucesor de Pío VI legítimamente elegido, cuya elección podría con dificultad, ni disputar, ni contrarrestar ningún otro elegido.

Para la realización de este complicado proyecto, la única persona hábil era el mismo Despuig.

En las cartas, que acompañaban el memorial, fechadas en 5 de septiembre, suplica al Ministro de Estado, Sr. Saavedra y a su ayudante, Sr. Urquijo, que presenten el documento a S. M. para que lo examine y dé su real parecer, comunicándole luego inmediatamente el resultado mediante el Sr. Pandolit, del Comercio de Barcelona, «para emprender la obra o mi viaje» a España ya que no quiero perder mi salud (que se va restableciendo) ni mi vida para que los otros me burlen».

Con estas diligencias no pretendió, dice el mismo Despuig, ni intrigas ni labrar su fortuna, ni ambición alguna, sino hacer un gran bien a la Iglesia y al Estado.

Al cabo de unas semanas de haber expedido estos documentos, el 30 de septiembre, salió Despuig para España, llegando a la corte a principios de 1799, donde estuvo hasta fines del mes de junio.

Mientras tanto en el oscuro horizonte de la Europa católica apareció un rayo de luz.

En el invierno de 1799 el Directorio francés llegó al apogeo de su poder en Italia y otras naciones de Europa, pero pronto, en la primavera y verano del mismo año tuvo su rápido ocaso.

La Francia republicana no pudo resistir a la coalición de todas las grandes potencias de Europa perdiendo todas sus conquistas de Italia, y en el interior no pudo hacer frente a su descalabro económico con todas sus lamentables consecuencias.

Dos cosa tenía Francia que en medio de tantas ruinas le sostenían en sus deseos de medrar y resucitar a un futuro mejor, y eran su reacción hacia las ideas de orden y el valor de sus dos ilustres generales, Seyes y Bonaparte.

³ Sospechamos fundadamente que Despuig fué uno de los que ayudaron no poco al embajador Azara en la consecución de este documento.

En este descenso del poder francés tuvo también su ocaso penoso el mártir Pío VI. Partió de Florencia el 27 de marzo de 1799 y llegó a Valence después de muchas penalidades, donde expiró el 28 de agosto.

La divina providencia había removido con su admirable poder algunos de los obstáculos, que se oponían al futuro cónclave; la Italia estaba libre del poder revolucionario.

Con todo, el plan propuesto por el Sr. Despuig tenía su actualidad en alguna de sus partes.

Habiendo pasado a ocupar el cargo de Ministro de Estado el Sr. Urquijo, amigo de Despuig, el 21 de febrero de 1799, se hizo cargo de la propuesta del Patriarca de Antioquía, escribiendo de su propia mano al mismo Despuig una carta «muy reservada» con fecha del 30 de junio, en que le propone el plan a ejecutar en el próximo cónclave:

Exmo. Sr.: La avanzada edad y enfermedades del Papa, hacen que el Rey N. S. mire cercana su muerte y para evitar toda contestación (*sic*) que pueda nacer de una elección, ilegal o dictada por el capricho, quiere tener una persona autorizada, que presencie en el modo posible un acto tan importante. A este fin me manda diga a V. E. en su real nombre que satisfecho de su modo de obrar en todas las comisiones que le ha confiado, le encarga esta tan interesante, como reservada.

Para ello pasará V. E. quando se verifique la vacante al lugar en que se junten los electores, tratando con estos, e influyendo no sólo en que la elección se haga de un modo seguro, pronto y pacífico, sino que recaiga en un sujeto sin preocupaciones ni pretensiones excesivas, que sea adicto a esta corona y que llene las justas ideas de S. M., procurando V. E. también que el electo no sea del partido del Emperador, o de cualquier otro soberano del Norte, o Italia, ni tampoco dispuesto a favorecer las máximas poco conformes a la verdadera Religión y espíritu puro de la Sta. Iglesia; y en una palabra que sea digno de gobernarla por todos títulos.

Como en las presentes circunstancias sería difícil, cuando no imposible esperar en la vacante la resolución de las cortes para las exclusivas, quiere S. M. que V. E., usando de su prudencia, y según los principios establecidos y lo que hemos conferenciado, execute lo que le parezca conveniente para el logro de ellos.

Lo participo a V. E. todo de orden de S. M. para su gobierno y a fin de que, tomando las medidas oportunas, emprenda su viaje y prevenga el momento, que pueda ocurrir, añadiendo con este nuevo testimonio de su lealtad un servicio tan importante a los que tiene ya hechos a S. M., Dios guarde a V. E. muchos años.

Con tan delicada misión, partió el Sr. Despuig de Madrid el 7 de julio de 1799 dirigiéndose hacia Gerona donde escribió una carta a Urquijo, diciéndole entre otras cosas que en las circunstancias actuales no había un estado en donde pudiera influir sobre la elección de un buen sucesor del papa difunto.

Le contestó el ministro de Estado de su propio puño, animándole a la constancia, pues tal vez «llegaría aún a tiempo de hacer conocer las intenciones de los amos que les manifesté sobre los que debían excluirse».

Desde Gerona se dirigió a Palamós donde se embarcó hasta San Remo, continuando por tierra su viaje, pasando por Parma, Mantua y Padua hasta Venecia, a cuya ciudad llegó el 6 de octubre.

El 26 del mismo mes escribió una carta al Ministro de Estado, al cual comunica entre otras cosas:

La dificultad, que presentan los correos, me hacen siempre duplicar cuando menos y a veces triplicar la correspondencia hasta ahora, en términos que nadie puede sacar de ella sino que Su Majestad me ha enviado a una comisión, que debía ser pública luego que viniera el caso de ejecutarla.

Escribí a V. E. mi arribo a Génova, mi paso por los estados y por las montañas y mi llegada a Venecia el día 6 de este mes, donde se acaba de saber de oficio la muerte del Papa.

Diré también que al presentarse el Nuncio de Viena para pedir a aquel ministro, si el Emperador daría el permiso al Sacro Colegio a juntarse en Padua, se le respondió: qué prisa tienen los cardenales. Podrían esperar la liberación de Roma y hacer en ella el cónclave; sin embargo le dijo que el Emperador no hallaba a propósito a Padua por el continuo pasaje de tropas, que Venecia era ciudad menos expuesta y que podría tenerse en San Jorge mayor, monasterio de benedictinos, capaz para habitar en él todos los cardenales y que sólo ocupa una isleta en la Laguna; que haría desocupar el dicho monasterio de la tropa, que lo habitaba, mandando quedarse una sola guardia de honor, y que le enviaría un embajador al cónclave como acostumbraba.

En este supuesto se determinaron las exequias que se están haciendo en la Patriarcal; y habiendo deseado los cardenales una contestación precisa de la corte de Viena, se les ha respondido que el Emperador tendrá una particular satisfacción de que se verifique la elección en San Jorge; pero que algunos motivos hacían reflexionar a los electores si siendo ya libre Roma de los franceses convendría ir a elegir al Papa en aquella ciudad.

El estar ya todos los cardenales aquí; el ver Roma aunque interina-

mente a manos de Napolitanos y el desear salir pronto de esta elección les hará preferir que sea en Venecia, pues las promesas de Nápoles publicadas a nombre de su rey hacen ver que se devolverá el estado al nuevo papa, y no en tiempo de vacancia. No remito a V. E. este impreso por considerarle ya en sus manos, y creo que los cardenales obran con prudencia llevando allí un papa hecho y no ir a hacer un papa.

Quién sabe cuales serían las intenciones del rey de Nápoles, y cuántas serían las dilaciones que esta elección podía padecer; y suponiendo yo que la dilación es el mayor mal en estos casos, que la corte de Viena y la de Nápoles ambas son amigas, que no hay otra potencia en el día en toda Italia que pueda garantir en su casa un cónclave, y que el Emperador se ha mostrado siempre propicio a aquella parte que puede y avive la elección, que sin duda se hará concluidas las exequias, dispuesto el convento de San Jorge y teniendo estos Emmos. todos aquellos permisos que necesitan, para juntarse en la casa de otro.

Asisten a las exequias del difunto sumo pontífice, hasta venticuatro cardenales; en breves días se esperan los demás, sólo dicen no vendrán al cónclave por sus enfermedades hasta el número de siete u ocho, los más ultramontanos, y dos Napolitanos, esto es Riusso y el arzobispo de Nápoles.

Después de la evacuación de Roma por los franceses, entrada de los napolitanos y la proclama con que aquel soberano promete a los súbditos del Estado Romano *que se preparen para recibir su legítimo príncipe, esto es, el nuevo Papa, sucesor del último Pío VI*, también concurren muchos prelados esperanzados, o de continuar en sus antiguos empleos o buscar alguno nuevo.

Este es el estado en que nos hallamos. Yo creeré que la miseria que tienen estos purpurados y los deseos de buscar mejor fortuna hará que hagan luego un papa. Por mi parte procuraré de llenar las pías intenciones de nuestro soberano, y de cumplir en todo como debo con mi obligación.

Las exequias de Su Santidad Pío VI, que duraron desde el 23 al 31 de octubre, fueron sufragadas por el Sr. Despuig, como consta entre otros documentos, por los que adjunimos en el artículo anterior.

El mismo Patriarca cuidó de la organización material para el cónclave, corriendo sus gastos a cuenta del gobierno español.

Leemos en su diario: «Del 31 de octubre al primero de diciembre se pasa dando disposiciones para arreglar el cónclave.... La obra de San Jorge la pagaba el gobierno... en sustancia era del dinero que el card. Lorenzana (de Toledo) tenía de España y él daba...».

Nos consta de fuente fidedigna que el mismo Despuig recogió

entre la nobleza de Mallorca dinero para los gastos del cónclave. La familia Rosselló de Alemany conserva ornamentos que recibió de Su Santidad Pío VII en agradecimiento por su generosidad en la mencionada colecta.

El cónclave duró 104 días y tomaron parte en el mismo treinta y cinco cardenales, los cuales desde el principio se dividieron en dos bandos, veintidos dirigidos por Braschi, que dieron su voto al card. Bellisomi, y trece, que tenían por jefe a Antonelli, que elegían al card. Mattei, romano.

Por más que el primer grupo tuvo la mayoría, con todo el número trece del partido opuesto era suficiente para la exclusiva.

Durante los meses de diciembre y enero permanecieron firmes y constantes en defender cada parte su elegido a excepción de algunos cambios que fracasaron o por escaso número de votos o por la exclusiva de Austria.

Por fin dos votos del grupo Antonelli pasaron al de Braschi, consiguiendo de este modo el número necesario para la elección.

Con todo, antes de que se procediese a la votación definitiva el card. Hertzan, ministro del Emperador en el cónclave, propuso que convendría dar conocimiento a Francisco II, cuya respuesta esperaba sería satisfactoria, pues el que iban a elegir era persona grata a su Señor.

Pasó un mes sin que el Emperador contestase y mientras tanto se entibieron los ánimos a favor de Bellisomi, perdiendo este votos.

Entonces el Secretario del cónclave, Consalvi, empezó a unir las voluntades de los partidos en la persona del card. Chiaramonti, que salió elegido el 14 de marzo de 1800, tomando el nombre de Pío VII.

En la elección de este digno sucesor de Pío VI, Despuig tuvo su papel decisivo cumpliendo fielmente los encargos de Carlos IV.

La comisión que le confiara el rey de España se reducía a tratar con los cardenales e influir para que: 1) la elección se tuviera de un modo seguro, pronto y pacífico, y 2) recayera en un sujeto que tuviera estas tres cualidades: sin pretensiones ni preocupaciones excesivas; adicto a la corona de España y no del partido del Emperador o de cualquier otro soberano del Norte de Italia; no dispuesto a favorecer las máximas poco conformes a la verdadera Religión y espíritu puro de la Santa Iglesia.

De la lectura de los documentos existentes, sobre todo de su diario (cuya escritura es a veces árduo trabajo descifrar) consta que la actuación de Despuig en el cónclave, además de la parte material ya insinuada, consistió en una actividad intensa y directa sobre los electores mediante visitas, numerosas cartas y conferencias en especial con los cardenales españoles Zelada y Lorenzana, con el ministro del emperador card. Hertzan, con los card. Rovarella, Doria y otros, y con el embajador español en Viena.

Ante todo Despuig puso el máximo interés en que la elección fuese pronta, aunque tuviera que sacrificar algunas de las cualidades, que Carlos IV le señalara para el papable, siendo la razón de ello el temor del poderío francés, que de nuevo pretendía invadir Italia, a lo que seguiría la dispersión de los cardenales y la amenaza del cisma.

Al principio del cónclave, la persona que a juicio de Despuig reunía todas las condiciones era el card. Chiaramonti (luego Pío VII), el cual «había que anteponer a todos»; en su defecto, eran elegibles los card. Valenti, Mattei y «si fuese necesario» en último término el card. Bellisomi (11 y 13 diciembre).

Desde los primeros días, el 15 y 16 de diciembre, las votaciones eran a favor de Bellisomi y de Mattei. Ante este panorama Despuig juzgando que «lo importante es una pronta elección» (carta al card. Rovarella del 17 de diciembre) pronto orientó toda su actividad a reunir votos a favor de Bellisomi, sobre todo el del card. Lorenzana, cuya consecución era para él prenda de que la elección era «quasi segura en pocos días» (16 diciembre).

Pero el card. austríaco Hertzan, que votaba a Mattei, con sus trazas y manejos (que detalla Despuig) conquistó a Lorenzana, dividió a los cardenales entorpeciendo la elección de Bellisomi.

Ante este fracaso Despuig unióse con Consalvi (tenemos de ello pruebas bastante fuertes) y consiguieron poner a flote el personaje, que desde el principio se había propuesto como el mejor para sucesor de San Pedro, el card. Chiaramonti, que fué elegido y tomó el nombre de Pío VII.

Efectivamente, este card. de Imola reunía todas las condiciones, que señalara Carlos IV para el futuro Papa: pacífico, amable y humilde; firme, en defender los derechos de la Iglesia; poco grato al Emperador, pues el gabinete de Viena nunca había pen-

sado en su elección, por lo cual prohibió su coronación en la Patriarcal de Venecia.

En el mismo día de la elección, 14 de marzo, anota en su diario el Sr. Despuig: «primera visita con el Papa, donde le dije lo que convenía».

El fidelísimo Patriarca de Antioquía juzgaba no haber cumplido la misión que le encomendara Carlos IV. Mientras los demás españoles preparaban su regreso, Despuig creía su deber no abandonarle hasta su ingreso en Roma. Dice en su diario: «yo debía esperar y hasta tener órdenes en contrario, o que llegase el Sr. Labrador, embajador, no podía dejar el Papa en manos de los que le rodeaban, y así determiné salir luego que el Papa hubiese salido, irle a encontrar por el camino» (8 de junio).

Durante los tres meses escasos que el Papa difirió su salida de Venecia, el Exmo. Sr. Despuig trabajó incansablemente ya para acelerar el viaje de Su Santidad a Roma ante la amenaza de las fuerzas napoleónicas, que invadían Italia, resolviendo las dificultades que oponía la corte del Emperador, que aspiraba a constituir Venecia o Viena residencia del Papa, ya tratar con Pío VII y sus auxiliares del gobierno de los Estados pontificios y de la Iglesia.

He aquí algunos fragmentos de su diario:

19 de marzo: «Carta de gracias del Papa por su secretario» que transcribimos en el artículo del núm. próximo pasado de esta revista.

18 de abril: «Fuí a las diez a ver al Papa, me habló de la carta del rey de Nápoles y de la Reina, muy contento. Después me reveló otro asunto muy interesante y delicado».

19 de abril: «El Papa fué a S. Clemente... donde están los Camaldulenses. Yo le esperé... al anochecer, y me tomó por la mano, me hizo entrar. Entré en su cuarto, le manifesté la cábala sobre la elección de Papa, que había habido de hacer él..... y después empeño por Mattei, que mirase lo que haría en esta ocasión, pues si la perdía de ir a Roma no sé si la encontraría otra vez. Me dijo que estaba en esto».

El día siguiente comió en la casa Braschi y después de haber hablado sobre el viaje a Roma: «despachó a Viena un correo con la proposición de Nápoles».

Visitó luego al cardenal Rovarella y a Consalvi, para que no

pongan dificultad a la resolución del Papa, y determinan que se realice el viaje «sin comprometer al Emperador y sin faltar a Nápoles».

En una entrevista tenida el 4 de mayo, le habló S. S. de la reforma del Colegio Cardenalicio y que a pesar de las dificultades «estaba determinado en partir, pues la religión lo exigía así y sus súbditos le llamaban».

En otra del 3 de junio «dije al Papa de la moderación que yo usaría al llegar al litoral de la Marca y lo que haría al ingreso a Roma».

Corrían rumores de la proximidad del ejército Napoleónico y el Papa «quemó todos sus papeles y dió orden a que no se admitiesen nuevos memoriales» (3 de junio).

Vencidas las dificultades, salió Pío VII en una fragata austríaca desde Venecia a Pésaro, para dirigirse a Roma donde entró el 3 de julio.

Despuig, a su vez por tierra, partió de Venecia, para encontrarse con el Papa en Pésaro. En el camino a Roma tuvo varias conferencias con S. S. adelantándose para el ingreso a la ciudad eterna, de donde volvió a salir para enterar al Padre Santo de lo que sucedía.

En este viaje de Pío VII hay dos páginas del diario que creemos prudente transcribir:

A la llegada del Papa a Pésaro yo me puse en observación para ver cuanto obra en estos casos la sangre.

Toda la familia del Papa estaba en un balcón y al desembarcar, este Señor fijó los ojos sobre su familia y por más que las gentes le rodeaban y las personas mas condecoradas le hablasen no supo separarlos, antes bien se observaba una ternura propia de aquel paso.

Subió la escalera y encontrándose con toda la familia observó una serenidad de ánimo grande y un aspecto tranquilo y alegre a vista de las lágrimas de consuelo que todos derramaban...

Todo aquel día se pasó haciendo visitas y en hablar de la mala dirección de este viaje con una fragata sin tripulación, sin mando, y sin provisiones, de modo que al segundo día ya faltó al Papa el agua de reserva. Tuvieron que comer pan de 8 días y otras mil incomodidades impropias de un viaje de pocas horas y que por fines particulares habían hecho durar 13 días (17 de julio).

Fuí a la audiencia del Papa para hablarle de ciertos asuntos y ofrecerle cuanto ocurriese (18 de junio).

Habiendo el embajador Sr. Labrador comunicado al Sr. Despuig que en cuanto a su regreso a España «podría hacer lo que quisiere» permaneció en Roma hasta los primeros días del año siguiente 1801.

Durante este tiempo tuvo varias audiencias con el Papa, frecuentes conferencias con los cardenales, sobre todo con Consalvi, y tomó posesión de decano de los prelados asistentes.

Elevación del Exmo. Sr. Despuig a la Sagrada Púrpura

Muchos contratiempos tuvo que sufrir el Sr. Despuig para llegar a los honores de Príncipe de la Iglesia. Solemnes y muy merecidas fueron las fiestas con motivo de su ingreso en el Sacro Colegio. En su diario y en su correspondencia epistolar hemos hallado numerosas referencias a este asunto.

Habiendo en nuestras pesquisas encontrado dos documentos fehacientes que resumen todo lo referente al particular, ofrecemos a continuación su copia.

El primero es un memorial que el Nuncio de S. S. en España elevó al Ministro de Estado, Sr. Cevallos, el 8 de septiembre de 1801 para obtener confirmación real de la elección del Señor Despuig para cardenal.

Eccellenza.

Fin dall'anno 1797, in tempo del Ministero dell'Eccmo. Sig. Principe de la Paz, Sua Maestà Cattolica, per mezzo del suo Ministro in Roma, manifestò alla Santa Memoria di Pio VI il desiderio, che aveva, di vedere decorato della Sagra Porpora Monsig. Despuig, Patriarca di Antiochia, ed in allora arcivescovo di Siviglia.

Le note calamitose vicende, sopraggiunte non molto dopo l'indicata epoca, non permisero a quel Pontefice di occuparsi di un tale affare, e di appagare le palesate reali brame.

Il regnante Pio Settimo, innalzato appena al Pontificato (anche per mostrare, quanto era grato ai servigi, che il detto prelado veniva di prestare al suo Predecessore, ed alla Santa Sede) per mezzo del sottoscritto Cardinale Nunzio, fece sapere a questa real Corte, essere egli pronto, ed anche desiderare di sollecitamente nominare cardinale il detto Monsignore Patriarca, per così compire una opera, che S. M. C. aveva domandata, che il suo antecessore Pio Sesto voleva eseguire, e di cui Monsig. Despuig si era reso sempre più meritevole.

In maggio 1800 fu risposto allo scrivente, che il Monarca delle Spagne provverebbe tutta la soddisfazione in vedere promosso al cardinalato il Patriarca di Antiochia; ma che dovendo premergli molto più Monsig-

nore Luigi di Borbon, archivescovo di Toledo, e suo stretto parente, amerebbe, che la promozione del medesimo precedesse quella del Despuig. Sua Beatitudine trovò ragionevolissima una tale preferenza, e si fece un piacere di secondare le reali premure.

Essendo però passato circa un anno, dacchè Monsignore de Borbon è stato creato cardinale, crede Sua Santità, che si potrebbe in oggi pensare al Patriarca di Antiochia, ed alla di lui nomina in cardinale.

Ha pertanto ordinato allo scrivente di fare nota a questo monarca una tale pontificia disposizione, e sebbene la richiesta fattane nel 1797, e la compiacenza manifestata nel 1800 fanno credere, che riuscirà grata alla Maestà Sua l'enunziata promozione, pure il Santo Padre, per un maggiore riguardo, ne desidera la corrispondente favorevole conferma.

Il sottocritto prega V. E. ad avere la bontà di procurargliela, per quindi comunicarla alla stessa Santità Sua: ed in attenzione di tale riscontro, gode di rinnovare alla V. U. i sentimenti del suo distinto rispetto. S. Ildefonso 8 settembre 1801.

Intrigas de la corte de Madrid no permitieron fuera elevado a la sagrada púrpura hasta el mes de julio de 1803.

Durante estos dos años escriben frecuentemente desde Roma a nuestro Despuig los personajes más distinguidos de la Curia romana, asegurándole que «il Papa mi ha sempre asicurato della sua costante e ferma volontà di farvi Cardinale» (Carta del card. Rovarella). «Il santo Padre si interessa vivamente alla sua degna persona, e dice che faccia quel che crede per conservarsi in salute» (Carta del card. Doria).

Parece que el Papa tenía en proyecto de que fuera uno de los cardenales «riservato in petto», como se lee en una carta del card. Rovarella; con todo no nos consta fuera llevado a la práctica.

Por fin en 11 de julio de 1805 recibió la merecida recompensa de su vida consagrada al bien de la Iglesia. Nos describe minutamente lo sucedido en Roma una relación enviada desde Baños de Luca (Pisa) a D. Salvador Despuig. He aquí algunos trozos interesantes:

Llegamos a la 7'30 a Ponte Mole, en donde encontramos a Monsg. Malo y a D. José Valls, Secretario de S. E.

S. E. entró en el coche de Monsig. Malo y se fueron a la casa del Ministro de España. D. José e yo seguimos y fuimos en derecha al palacio del príncipe Teano, que es la casa destinada para S. E. Este palacio es una gran y bellissima casa de tres pisos. Los dos primeros son para uso de S. E. y ha sentado su aposento en el 2.º, y a éste se sube por 90 esca-

lones. Esta casa está compuesta de varias salas, anticámaras y aposentos, todo ricamente alejado.

A este palacio llegó S. E. a las 8'45 y en menos de tres cuartos de hora estuvo todo lleno de visitas de Prelados caballeros romanos hasta las 8 de la noche.

Día 9. Desde las 9 hasta 11 de esta mañana se recibía visitas; y eran muchísimas de cardenales, obispos, prelados, caballeros, etc.

A las 11'30 fue S. E. a Montecavallo para visitar los ministros de S. S. y después fue a visitar el Ministro de España. D. José y yo le acompañábamos.

Día 10. Llegaron en esta mañana una infinitud de visitas. Como anteriormente, a las 11 fue S. E. a visitar el Ministro de España, con quién fue a visitar al S. P. D. Nicodemo y yo les seguimos en el coche de S. E. Quedaron con S. S. cosa de tres cuartos de hora.

Día 11. Día del consistorio. A las 9 de la mañana S. E. vestido de prelado y precedido de los familiares de su casa, pasó del 2.º piso al 1.º, que es más magnífico y más adaptado para el recibimiento. Los familiares eran su secretario, un maestro de cámara, un caudatario, dos capellanes, estos vestidos de sotana y capa de seda; dos camareros, un decano, vestidos de paño negro y capas de seda y seis criados de livrea. Luego llegaron muchos Monsiñores y Señores amigos de S. E. para hacerle corte. El aposento era lleno cuando llegó un familiar del Santo Padre con un pliego para S. E. que le anunciaba su promoción a la sagrada púrpura en esa mañana.

Todos los que eran presentes saludaron a su Emma. y le dijeron la enhorabuena besándola la mano. A las 12 llegó una infinitud de visitas de obispos, prelados, generales y superiores de ordenes religiosas, cuerpos de oficialidad, gentileshombres de cardenales y príncipes y caballeros romanos, todos vestidos según el estilo del ceremonial. Las visitas de esta mañana serían más de 200.

Un criado a la primera puerta de la primera sala anunciaba a alta voz la visita que venía, el decano desde la puerta de la otra extremidad de esta sala repetía el mismo nombre y alta voz para los camareros que se tenían a la puerta de la sala siguiente; estos repetían dicho nombre para los capellanes de la primer antecámara siguiente, quienes anunciaban e introducían la visita a Su Emma., quien la recibía a la puerta de la sala de nobles. Hecho el cumplimiento de una parte y otra, pasaban las visitas en los aposentos más adentro, en donde permanecían el tiempo que les daba gana. De este modo se hace el recibimiento de ceremonia.

A las 5 de la tarde (día 11) los dos capellanes y los dos camareros llevaron dentro de un coche de gala un fardo que contenía el birrete, sombrero y solideo encarnado con una muzeta morada al palacio del Papa. Lo mismo se hizo de parte de los dos otros Eminentísimos que fueron promovidos hoy con el Emmo. Despuig. Todos estos familiares se juntaron en un aposento del Ministro de Estado. A las 6 llegó Su Eminencia acompañado del secretario y maestro de Cámara. A las 6'30 los tres

Emmos. acompañados del Ministro de Estado y muchos prelados precedidos de una procesión de familiares subieron y pasaron por varias salas del palacio pontificio hasta llegar a uno de los aposentos de S. S. Allí estuvo S. S. sentado en un trono debajo de un dosel; los Emmos. se colocaron en dos filas delante de S. S. y detrás de ellos se tenían en pie los prelados asistentes. Todos los familiares quedaron fuera de este aposento, excepto los del Emmo. Despuig, que entraron.

La cerimonia de recibir la birreta consistía en que el nuevo cardenal se arrodillaba delante del Santo Padre. S. S. le vestía de la muceta cardenalicia, le ponía la birreta y sombrero encarnado en la cabeza, después le daba un abrazo, y así con los demás el uno después de otro. Acabada esta ceremonia, el Emmo. Despuig pronunció un corto discurso delante del Santo Padre, quien le respondió con otro discurso en los términos más honoríficos y lisonjeros para S. Emma., que se podría imaginarse. Después de esto salieron del cuarto todos los asistentes y quedaron solos los Emmos. con el Santo Padre. La puerta se cerró. Al retirarse de este cuarto, un prelado doméstico daba a cada uno de los cardenales un solideo rojo, y entre los prelados que daban el sombrero y solideo negro suelen ser numerosos a fin de que aquella especie de regalo tenga más importancia. Salen los nuevos cardenales del palacio y, precedidos de sus familiares, cada uno se pone en su coche y se retira a su casa, paso a paso, los lacayos andando delante a pie.

A las 7 de la tarde se colocaron piquetes de tropas en las calles que conducen al palacio de S. Eminencia para mantener la buena orden entre los cocheros que iban y venían. Se iluminó todo el palacio y al mismo tiempo se iluminó casi toda Roma, se iluminaron también todas las salas del palacio con dos arañas de cristal además de las luces que estaban sobre las mesas. En la sala nobile estaban los dos retratos del rey y de la reina de España y en el medio de las dos estaba el del Santo Padre. La silla que correspondía a S. S. debajo del dosel estaba vuelta a la pared.

A las 8 empezaron a llegar los cardenales, príncipes, princesas, embajadores y ministros de cortes extranjeras, obispos, arzobispos, prelados y otros señores y señoras las más ilustres de Roma, todos vestidos de gala para visitar y obsequiar al nuevo cardenal. Las salas estaban continuamente llenas hasta las 11 de la noche en que se sirvió un gran refresco. Las visitas de esta noche serían un poco más o menos de 300. Su Eminencia recibía a todos con mucha cortesía a la puerta de la sala nobile, respondiendo a los cumplimientos que cada uno le hacía.

Al anochecer el príncipe Colonna envió su gentilhombre para anunciar a Su Eminencia que mañana por la tarde vendría el príncipe para visitar a Su Eminencia. Este es el único príncipe romano que tiene el derecho de anunciar su visita de antemano a un cardenal.

Día 12. Desde las 10 de la mañana hasta las 12 venían los príncipes romanos para prestar homenaje a Su Eminencia. Estos llegaban con gran comitiva de gentileshombres y criados de librea. Dos camareros y capellanes de su Eminencia iban para recibirles al pie de la escalera. Estos

príncipes venían vestidos de la toga y espada o por mejor decir, vestidos de gala de primera clase. Su Eminencia les recibía a la puerta del aposento nobile y les introducía hasta que se sentaban los dos solos debajo del dosel, el uno en frente del otro, pero su Eminencia en la plaza de honor. Estos señores se regulaban de modo que no se encontrasen dos visitas al mismo tiempo en el palacio de Su Eminencia. Además de los príncipes llegaron esta mañana muchos cardenales, generales de Órdenes religiosas; pero, luego que se anunciaba un príncipe, todos se despedían de Su Eminencia.

A las 6'30 de la tarde llegó el príncipe Colonna con mucho séquito de familiares, y después de él otros príncipes.

Al anochecer se colocó la tropa como en la noche anterior; se iluminó todo el palacio con hachas de cera; se iluminó también toda Roma. En las plazuelas y esquinas de calles que se avencinan al palacio se encendieron fuegos, como se suele hacer en Mallorca, sobre una especie de parrillas de hierro. Hubo también orquestas en varias partes de la ciudad a costa de los amigos de los nuevos Eminentísimos. Estas luces nocturnas añaden a la magnificencia de los superbos edificios de este pueblo una majestad y grandeza que no se puede ponderar, y todo deja ver con que esmero los romanos obsequian y tributean a un cardenal aunque sea extranjero. Ya está considerado como príncipe del estado y superior a los príncipes seculares.

A las 8 empezé el concurso de cardenales, príncipes, princesas, duques, duquesas, embajadores, prelados y los señores y señoras de la primera nobleza de Roma que se presentaban como la noche anterior. Serían algunas 200 visitas esta noche. A las 11'30 hubo espléndido refresco y a las 2'30 se separaron.

Día 13. A las 10'30 vinieron algunos príncipes, que no pudieron venir ayer para prestar su homenaje a Su Eminencia.

A las 11 vino un Nuncio del Papa para avisar a su Eminencia de parte del Santo Padre que mañana habría consistorio en que se concedería el capelo a Su Eminencia. Este Nuncio se presenta vestido de negro y capa de seda, lleva en la mano un bastoncito negro de palmo y medio de largo, guarnecido de espinas y una cadena de plata, por la cual lo tiene por la mano. Este Nuncio pronunció un discurso, que es de estilo, de rodillas delante de Su Ema.

Después de anochecer concurrieron muchos cardenales, prelados, etc. amigos de Su Ema. Hubo refresco al sólito.

Día 14. A las 9'30 de la mañana se aprontaron los dos coches de gala de Su Ema. vestido de encarnado, subió en el primero acompañado del Secretario y Maestro de cámara, el caudatario, yo y los dos camareros montábamos en el otro. Los dos coches precedidos de los lacayos a pié fueron paso a paso al palacio pontificio; el caudatario fué vestido de morado y los lacayos de librea de gran gala.

Llegados a la escalera del palacio Su Ema. se despojó de la mantelleta y museta encarnada y se vistió de la capa magna morada. Entró en el

santuario de la capilla con su caudatario, tomó asiento con los otros dos cardenales; luego después prestó su juramento de fidelidad entre las manos del Canciller, Duque de York. Desde esta capilla y mientras que se prestaba el juramento, lo que duró cosa de una hora, yo pasé a la sala del consistorio. Esta sala es espaciosa, y tiene en medio de ella como un santuario, cuyo suelo está cubierto de una alfombra verde; alrededor de éste hay bancos, en donde asientan los cardenales y detrás de éstos se pueden colocar en pié los asistentes. A la extremidad de este santuario está el solio y dosel del Santo Padre.

Se juntaron en esta sala algunos cuarenta cardenales; al tiempo determinado vino el Santo Padre precedido de unos cuarenta monseñores. Tomó asiento en su trono. Era cubierto de un pluvial morado, una grande estola bordada de oro y la mitra en cabeza. Dos cardenales se sentaron a sus lados en unos asientos más bajos; los prelados o monseñores se tenían en pié vestidos de morado y roquetes, a cada lado del solio.

Luego se presentaron todos los cardenales para besarle la mano el uno después de otro. Hecha esta ceremonia, salieron de la sala esta seis cardenales, que fueron a buscar los tres nuevos cardenales que estaban en la capilla, y que ya habían acabado de prestar su juramento. Luego entretanto se presentaron delante de Su Santidad dos o tres abogados consistoriales que leían ...memoriales o asuntos.

Luego llegan los 6 cardenales acompañando los tres nuevos. Estos se presentan al Santo Padre arrodillándose. Al mismo tiempo el Santo Padre les cubre la cabeza con la capucha de la capa magna y se les pone encima de ella el sombrero encarnado, pronunciando una fórmula de palabras. Se les descubría la cabeza y después el nuevo cardenal daba un abrazo o recibía de Su Santidad. Hecho esto, los nuevos cardenales toman asiento entre los demás: después de esto, el Santo Padre se retira y los cardenales le acompañan: al separarse de Su Santidad el cardenal Despuig pronunció un discurso análogo a la circunstancia (*sic*) delante de Su Santidad, quien le respondió en los términos más honoríficos y lisonjeros para Su Eminencia que podría tributarse. Acabado el discurso fueron los cardenales procesionalmente dos a dos y precedidos de los cantores de la capilla pontificia cantando el *Te Deum* hasta la capilla en donde se prestó el juramento.

Tomaron los cardenales asiento hasta que se concluyó el *Te Deum*. Los nuevos cardenales, que eran los últimos en la fila de la procesión, salieron del coro los primeros y se detuvieron al lado de la puerta. Los otros cardenales, a proporción que salían del coro, daban un abrazo y la enhorabuena a cada uno de los nuevos cardenales. Aquella ceremonia se hacía con mucha demostración de gozo y alegría. Así saliendo los cardenales, se retiraban a sus casas. Los cardenales nuevos se retiraban en la misma orden en que venían.

A las 5 de la tarde los dos capellanes de su Eminencia se fueron en coche a la iglesia nueva, oratorio de clérigos de San Felipe Neri, para recibir allí los gentileshombres de los cardenales y príncipes que venían

para cumplimentar los nuevos eminentísimos de parte de sus amos. Venían en coches y el concurso de ellos con su comitiva de criados era grandísima. Cuando a las 5'45 llegaron los tres cardenales, hicieron oración en esta iglesia y después se sentaban en un lugar preparado para ellos. Entonces se presentaban los gentileshombres, los unos después de otros, y cumplimentaban a cada uno de los cardenales. Retirados aquéllos, se levantaron los 3 Eminentísimos y montaron todos 3 en el mismo coche, que era el del Eminentísimo Despuig, por ser éste el más digno. Los 3 secretarios montaron en un otro, los 3 maestros de cámara en otro, los 3 caudatarios en otro, los 3 capellanes de honor en otro y los 6 camareros sendos otros, precedidos de los lacayos vestidos de gran gala, y seguidos de algunos 20 coches, además de aquellos de los eminentísimos. Se adelantaron a San Pedro del Vaticano, paso a paso.

Entrados en la iglesia, hicieron los 3 cardenales 3 estaciones. La primera delante del Santísimo Sacramento, la segunda delante de la Madonna, y la tercera a la confesión de San Pedro. Hecho esto se retiraron hasta la casa del cardenal Antonelli, que es Vicecanciller, fueron para hacerle una visita de etiqueta. El les recibió a media escalera y les condujo en una bellísima sala en donde hay una muy rica librería. Allí quedaron cosa de 20 minutos. Al retirarse, el cardenal Vice-Canciller les acompañó hasta el pié de la escalera, y les cerró la portezuela cuando estaban dentro del coche. Desde allí cada uno se retiró a su casa en la misma orden que ya habían salido.

Al anochecer llegaban muchos cardenales, prelados y príncipes y principesas y otros nobles caballeros que hacían corte a Su Eminencia. A una hora y media de noche se anunció que el prelado doméstico del Santo Padre, que debía traer a casa el capello, venía. Bajaron hasta el pie de la escalera los criados de librea y los dos camareros llevando hachas encendidas y acompañados de los 2 capellanes de honor: llegó en efecto dicho prelado precedido de muchos criados del Santo Padre llevando hachas encendidas. Los tambores de la tropa, que estaban en el patio, anunciaron su entrada en el portal. Subieron todas las comitivas. Su Eminencia vino a encontrar a este prelado hasta la media sala en donde había 2 cuerpos de música. Entraron en el cuarto nobile seguidos de los señores que se hallaron presentes. Estando debajo del dosel, el prelado, al entregar el capello, pronunció un discurso, a quien respondió Su Eminencia por un otro discurso después de haber recibido el capello.

Acabado el discurso, se manda que todos los asistentes salgan del cuarto. Salen y se cierran las puertas. Queda el portador del capello solo con Su Eminencia y se asientan los dos. El secreto de esta conferencia es que mientras están hablando, Su Eminencia pasa un regalo en las manos de monseñor. En esta circunstancia consistía el de Su Eminencia en un bello reloj de oro inglés con su cadena de oro. Este acto remata las ceremonias del cardenalato hasta que hay otro consistorio en el mes de septiembre o de octubre en que se cerrará la boca a Su Eminencia.

N. B. El día 12, se enviaron a la secretaria de Estado una infinitud

de cartas que escribió Su Eminencia a todos reyes o reinas católicos de la Europa, a todos los cardenales que fueron fuera de Roma, a todos los príncipes católicos de Alemania, a todos los Nuncios del Santo Padre en las Cortes extranjeras. Estas cartas estaban todas selladas, menos la del primer cónsul de la república francesa.

Destierro de Pío VII.

Después de su promoción cardenalicia, el Eminentísimo Despuig hizo una visita a su patria, llegando a Mallorca el 5 de septiembre de 1804, y permaneciendo en la isla hasta el 26 de mayo de 1807, fecha en que regresó a Roma.

Pocos documentos inéditos de esta última época del Eminentísimo Despuig nos ha sido posible encontrar hasta ahora en nuestras búsquedas archivísticas, siendo ello un obstáculo para rehacer este período de nuestro biografiado en sus relaciones con la Santa Sede.

Solamente hemos descubierto algunos documentos que confirman una memoria enviada desde Roma, sobre los acontecimientos del principio del destierro de Pío VII en la noche del 5 de julio de 1809.

De estos documentos y memoria consta que, en el momento del ataque estaba el cardenal Despuig en el palacio del Quirinal, acudiendo prontamente con los cardenales Doria y Mauri a las habitaciones de Su Santidad.

Al salir, dijo el Padre Santo a Despuig: «Ya estamos, Señor cardenal». Respondió Su Eminencia: «Santo Padre, esta es la ocasión en que vuestra Santidad debe mostrar su valor, y darnos a todos su ejemplo; acuérdate vuestra Santidad que nos hallamos en la octava de San Pedro».—Propuso Despuig a Pío VII que aún era tiempo de pasar, si le parecía, a la capilla interior para implorar las luces del cielo, de lo que desistió el Papa ante el tumulto que se oía.

Al recibir en el salón de audiencias al general Radet, el Padre Santo tenía a sus lados al cardenal Pacca y el cardenal Despuig.

Entre los cuatro cardenales, que pidió para que le acompañasen, figuraba probabilísimamente el Eminentísimo Despuig.

Al salir Pío VII de su palacio, cogió del brazo a los cardenales Pacca y Despuig, siguiendo hasta tomar la escalera. Pero en este

momento mandó el general Radet que nuestro cardenal se separase de Su Santidad, lo cual conmovió el ánimo de entrambos. Se separaron, dejando el Eminentísimo Despuig al Papa, después de haber recibido su bendición apostólica.

De la prisión en el seminario romano, en la cual había sido recluido, Despuig fué trasladado a Paris, de donde tuvo que ausentarse por motivos de salud, muriendo en 1813 en Luca, donde se había retirado para tomar sus acostumbrados baños.

Dios le concedió la gracia que pidiera en su memorial elevado a Carlos IV: «Sacrificar mi libertad, vida y rentas para asistir a la persona del Padre común de nuestra religión».

* * *

Con este estudio entresacado de los documentos, que en nuestras búsquedas hemos felizmente hallado (que esperamos no serán los últimos), intentamos levantar el velo del olvido, con que los mejores historiadores tenían cubierta la figura del Eminentísimo Señor Despuig.

Después de lo expuesto, nos parece justa la pretensión de reivindicar para nuestro biografiado un puesto de honor entre los esforzados y heroicos soldados de primera línea, que en los ataques violentísimos del averno defendieron desinteresadamente la religión católica y la patria.

Empezado el presente trabajo para formar parte del homenaje de la Universidad Gregoriana a Su Santidad Pío XII en el año p. p. y que las circunstancias actuales impidieron verificar según los planes preconcebidos, concluye con este mismo carácter, sobre todo en estos tiempos en que se repiten los días aciagos de los albores del siglo pasado.

GABRIEL SEGÚI, M. SS. CC.